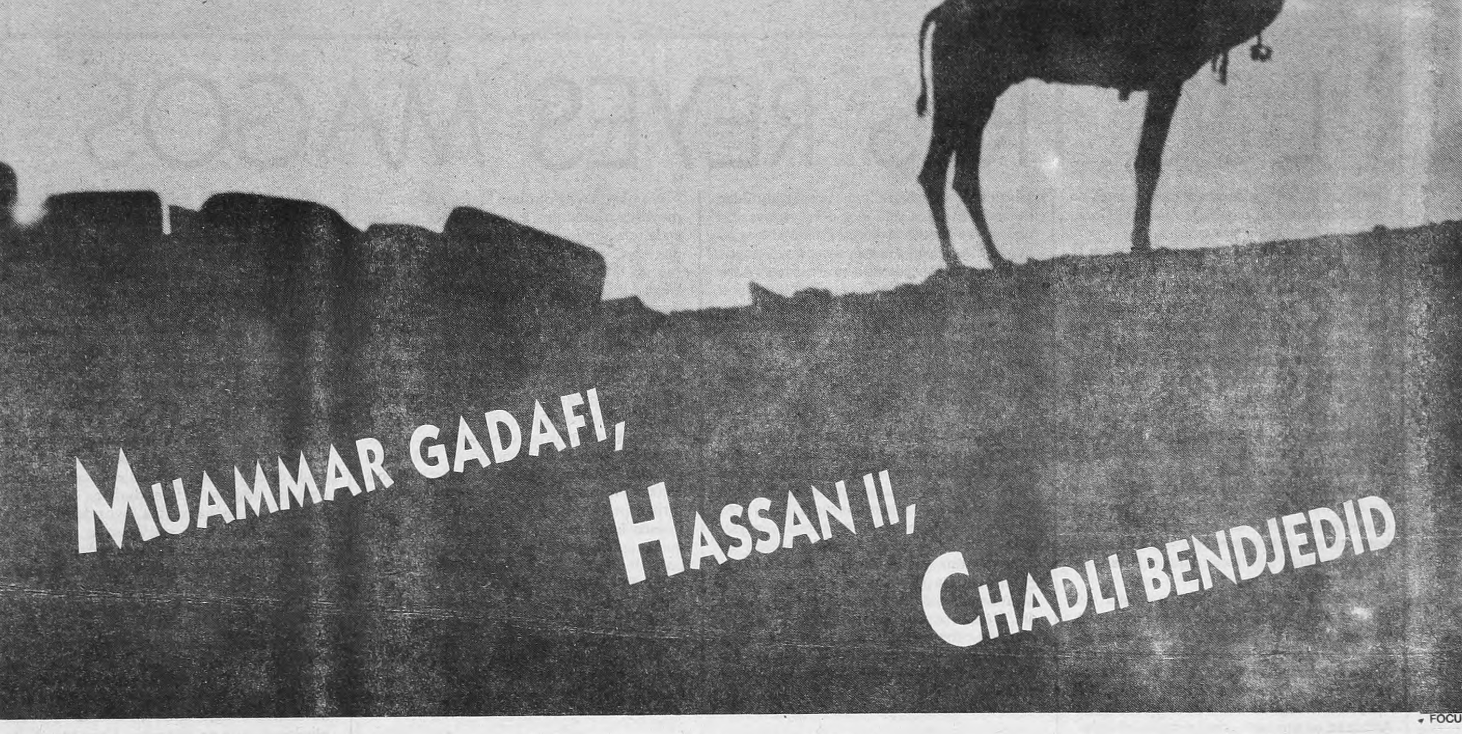
ETC.



MUAMMAR GADAFI, HASSAN II, CHADLI BENDJEDID

FOCUS

Una revolución ferozmente nacionalista —conducida por aquel a quien Estados Unidos llama "la bestia negra del terrorismo internacional"—, una monarquía ultraconservadora obstinada desde hace catorce años en una guerra colonial en el desierto, y un socialismo desgastado que hace apenas meses debió enfrentar una gravísima crisis social que dejó 200 muertos, han coincidido esta semana en un proyecto que, hasta ahora, parecía cautivo en el reino de lo utópico: Libia, Marruecos y Argelia integrarán el Gran Magreb, una unidad económica e institucional que privilegiará el desarrollo por sobre los modos de organización política. Conscientes de ser, juntos, la puerta a Europa de un enorme continente, los tres países africanos han decidido una jugada que, de tan realista, parece mágica.

LOS TRES REYES MAGOS

GADAFI, HASSAN II, CHADLI BENDJEDID

Por Sandra Russo

A principios del año pasado, Muammar Gadafi se subió a un tractor y arremetió contra los muros de una cárcel de Trípoli de la que emergieron decenas de estupefactos presos políticos. El líder beduino —acusado por Estados Unidos de financiar grupos terroristas en varios continentes— había elegido marzo para concentrar una espectacular serie de gestos políticos que suavizaran la imagen internacional de Libia. Tras anunciar su reconocimiento al gobierno del Chad, contra el cual mantuvo una guerra durante años, y reabrir su frontera con Egipto, país al que había denostado por sus relaciones con Israel, subió, finalmente, al tractor. "Yo no soy un carcelero. Me da pena que haya detenidos", dijo entonces. A diferencia de Martin Luther King, que tenía un sueño, Gadafi confesó que tenía pesadillas: "Me acechan desde hace 18 años. No he hecho la revolución para encarcelar, sino para vaciar las prisiones", aseguró



AFP

LOS TRES REYES MAGOS

mientras los recién liberados,conscientes de los repentinos cambios de humor del *Guía*, abandonaban Libia a la carrera.

No lejos de allí, en Marruecos, Hassan II —que libra desde hace catorce años una guerra contra los saharahuis del Frente Polisario a los que quitó sus tierras tras haberlas recibido como un "regalo" de Franco— daba por esos días el okey para que 2500 obreros se abocaran sin pausa a la construcción en Casablanca de la mezquita más grande del mundo. El costo —unos 250 millones de dólares— fue financiado con un impuesto especial: según el Corán, quien construye en la tierra un hogar para Dios, se gana un hogar en el Paraíso. Hassan II explicó que no era su intención privar a ninguno de sus súbditos de un hogar en el cielo, de modo que se abstuvo de "usar dinero del Estado, para que sea una empresa personal de todos los marroquíes". Está claro que el Estado es él.

Mientras Gadafi transpiraba arriba del tractor y Hassan II decidía que la mezquita se llamará Gran Mezquita Hassan, tenían lugar los primeros contactos diplomáticos con miras a una cumbre regional cuya tercera pata es Argelia y sus otros dos miembros, Túnez y Mauritania. El sueño de unir el norte de Africa en un mercado común similar al europeo fue acariciado durante décadas, pero hasta ahora parecía imposible que los cinco países del Magrab —la tierra del poniente— dejaran a un lado las abismales diferencias políticas para privilegiar el desarrollo económico.

La idea no se agotaba en cooperación. Incluía también libre circulación de ciudadanos y desgravación impositiva interna. Igual que en América latina, muchas voces señalaban no ya las ventajas sino la urgencia de la integración, pero la Magrebina —tal el nombre de la gran comunidad— era relegada al reino de lo utópico.

Borrar fronteras comerciales y civiles en países abonados por discursos ferozmente nacionalistas sonaba más a *Las Mil y una noches* que a salida política. La unión de una monarquía liberal en lo económico y ultraconservadora en lo social, como la marroquí, un régimen revolucionario y fanático como el libio, y un socialismo triturado bajo la presión social que exige apertura democrática, como el argelino, parecía un absurdo hace apenas dos años. Las complicaciones eran también militares. Marruecos luchaba contra el Frente Polisario, financiado primero por Libia y después por Argelia. Libia estaba en guerra contra el Chad, que recibía apoyo marroquí, y era bombardeada por Estados Unidos, cuyo mejor aliado en la región es Hassan II. Gadafi, en un rapto de enojo, había expulsado a 30.000 tunecinos de Libia.

Esta semana, sin embargo, el marroquí Hassan, el libio Gadafi y el argelino Bendjedid firmaron junto a los jefes de Estado de Túnez y Mauritania los primeros acuerdos basales de la Magrebina, una comunidad de sesenta y dos millones de personas. En una entrevista con el director del diario español *El País*, el rey Hassan sostenía que nada de lo que está sucediendo en el norte de Africa puede asombrar a Europa, ya que "si el rey Felipe y la reina Isabel levantaran la cabeza y vieran que ahora forman parte de un mercado común, se volverían a morir del susto".

Africa mía

Gadafi en Libia y Hassan en Marruecos son los exponentes más opuestos del norte de Africa. El primero reina a su modo desde 1969, cuando el consejo revolucionario que él dirigía derrocó a la monarquía de Idris Al Sanusi y se proclamó "musulmán, nasserista y socialista". El segundo heredó en 1961 un trono que su familia —descendiente en línea directa de Mahoma— había recuperado apenas cinco años antes. Desde el primer día, Hassan se propuso corregir la línea "demasiado progresista" de su padre, el sultán Mohammed V, quien en algún momento tuvo en mente abandonar el sistema monárquico.

No obstante, y por una lógica extraña, los mayores obstáculos a vencer no residieron en la relación Libia-Marruecos sino en otros dos ejes, cuya resolución, el año pasado, fue un índice auspicioso: la reconciliación entre Libia y Túnez y la de Marruecos con Argelia.

Esta última tuvo un marco de lujo: la cumbre árabe de Argel convocada para respaldar a los palestinos. Ante la mirada de toda la familia, Hassan II se abrazó al argelino Chadli Bendjedid, a quien hasta entonces había responsabilizado por la guerra del Sahara. Ese conflicto comenzó hace catorce años, cuando Hassan organizó la famosa Marcha Verde hacia el desierto e introdujo a 30.000 lúmpenes marroquíes en un alarde de furia expansionista. Poco antes, ya agónico, Franco le había obsequiado esas tierras riquísimas en fosfatos. Los saharahuis respondieron creando el Frente Polisario —Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro— y proclamando un estado independiente —la RASD— que ya fue reconocido por más de 60 estados.

Marruecos, por su parte, aumentó su presencia militar construyendo un muro de arena minado y plagado de radares a lo largo de 2000 kilómetros. En los primeros años, el Polisario recibió ayuda de Libia, que se cortó cuando Hassan y Gadafi llegaron en 1984 a un extraño acuerdo. Argelia tomó la posta. La guerra le cuesta al Estado marroquí cerca de un millón de dólares por día.

Cuando Hassan II y Chadli Bendjedid se abrazaron en Argel todos adivinaron que el conflicto del Sahara entraba en una nueva etapa (ver recuadro). El presidente argelino, poco después, iba a tener que enfrentar la crisis interna más grave desde la independencia. Aún resuenan en Argelia los ecos de las revueltas estudiantiles de octubre pasado, a las que siguió un estallido social que dejó un saldo de 200 muertos. Bendjedid conjuró ese desastre con un referéndum en el que la población argelina votó a favor de reformas constitucionales, lo que pasado en limpio significa que la mística de la independencia está agotada, que la nueva generación ya no lucha en sueños contra el colonizador francés y que la sociedad reclama un cambio.

Bendjedid maniobró con éxito y ofreció una imagen convincente: la del reformista atado por la vieja guardia del partido. En el congreso del Frente de Liberación Nacional de diciembre, defendió todos los puntos renovadores y dejó entrever que la apertura pluripartidaria no está lejos. La población le

El Polisario y el Sahara Occidental

FANTASMAS EN EL DESIERTO

S.R.

Empujados hacia las zonas más hostiles del Sahara, los saharahuis del Frente Polisario hostigan desde hace catorce años al ejército marroquí. Unicos árabes de habla hispana, descendientes de los beduinos que en siglos pasados controlaban la ruta transahariana, los habitantes del desierto pasaron de ser "administrados" por España a la ocupación marroquí que en 1975 se instaló a sangre y fuego en las ciudades más importantes. Desde entonces, con pocos hombres y escaso poder de fuego, el Frente Polisario se dedica a lo único posible: ante la incapacidad de ganar una guerra contra un ejército poderoso, impide la distensión marroquí y obliga al régimen de Hassan II a desembolsar enormes sumas de dinero para mantener abierto un conflicto que lo desprestigia progresivamente. En agosto del año pasado, el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, presentó ante ambas partes un plan de paz que fue aceptado en principio. El proyecto prevé un referéndum de autodeterminación, para que los saharahuis voten si desean integrarse o no a Marruecos. No obstante, las diferencias son muchas. La modalidad del referéndum, quiénes podrán votar —el 75 por ciento de la antigua población saharahui huyó ante la ocupación, muchos de ellos a Argelia— y cuál será la precisa pregunta que figurará en las boletas, son algunos de los puntos álgidos. Por otra parte, el Polisario exige la desmilitarización de la región para que la consulta pueda ser llevada a cabo sin presiones. Marruecos, por supuesto, se niega a retirarse.

El papel de Argelia en este conflicto ha sido importante: primero dando ayuda a los saharahuis y luego impulsando el encuentro entre las dos partes. Hace unas semanas, Hassan II recibió por primera vez en Rabat a una delegación del Polisario, aunque este jueves sus voceros anunciaron que la segunda entrevista ha sido pospuesta por tiempo indeterminado.

Entre los países latinoamericanos que ya han reconocido a la RASD —República Arabe Saharahui Democrática—, figuran México, Costa Rica, Bolivia y Venezuela, entre otros quince. La Argentina, por su parte, estuvo en varias oportunidades a punto de reconocer a ese país africano, pero en cada una de esas aproximaciones Argentina prefirió subordinarse a la postura española, a la vez que se interpuso la presión marroquí, amparada en las voces internas que homologan la diplomacia a una sociedad anónima en la que no son recomendables los "socios pobres".

AFP



GADAFI, HASSAN II, CHADLI BENDJEDID


AFP

Por Sandra Russo

A principios del año pasado, Muammar Gadafi se subió a un tractor y arremetió contra los muros de una cárcel de Trípoli de la que emergieron decenas de estupefactos presos políticos. El líder beduino —acusado por Estados Unidos de financiar grupos terroristas en varios continentes— había elegido marzo para concentrar una espectacular serie de gestos políticos que suavizaran la imagen internacional de Libia. Tras anunciar su reconocimiento al gobierno del Chad, contra el cual mantuvo una guerra durante años, y reabrir su frontera con Egipto, país al que había denostado por sus relaciones con Israel, subió, finalmente, al tractor. ''Yo no soy un carcelero. Me da pena que haya detenidos'', dijo entonces. A diferencia de Martin Luther King, que tenía un sueño, Gadafi confesó que tenía pesadillas: ''Me acechan desde hace 18 años. No he hecho la revolución para encarcelar, sino para vaciar las prisiones'', aseguró

LOS TRES REYES MAGOS

mientras los recién liberados,conscientes de los repentinos cambios de humor del *Guía*, abandonaban Libia a la carrera.

No lejos de allí, en Marruecos, Hassan II —que libra desde hace catorce años una guerra contra los saharahuis del Frente Polisario a los que quitó sus tierras tras haberlas recibido como un ''regalo'' de Franco— daba por esos días el okey para que 2500 obreros se abocaran sin pausa a la construcción en Casablanca de la mezquita más grande del mundo. El costo —unos 250 millones de dólares— fue financiado con un impuesto especial: según el Corán, quien construye en la tierra un hogar para Dios, se gana un hogar en el Paraíso. Hassan II explicó que no era su intención privar a ninguno de sus súbditos de un hogar en el cielo, de modo que se abstuvo de ''usar dinero del Estado, para que sea una empresa personal de todos los marroquíes''. Está claro que el Estado es él.

Mientras Gadafi transpiraba arriba del tractor y Hassan II decidía que la mezquita se llamará Gran Mezquita Hassan, tenían lugar los primeros contactos diplomáticos con miras a una cumbre regional cuya tercera pata es Argelia y sus otros dos miembros, Túnez y Mauritania. El sueño de unir el norte de Africa en un mercado común similar al europeo fue acariciado durante décadas, pero hasta ahora parecía imposible que los cinco países del Magrab —la tierra del poniente— dejaran a un lado las abismales diferencias políticas para privilegiar el desarrollo económico.

La idea no se agotaba en cooperación. Incluía también libre circulación de ciudadanos y desgravación impositiva interna. Igual que en América latina, muchas voces señalaban no ya las ventajas sino la urgencia de la integración, pero la Magrebina —tal el nombre de la gran comunidad— era relegada al reino de lo utópico.

Borrar fronteras comerciales y civiles en países abonados por discursos ferozmente nacionalistas sonaba más a *Las Mil y una noches* que a salida política. La unión de una monarquía liberal en lo económico y ultraconservadora en lo social, como la marroquí, un régimen revolucionario y fanático como el libio, y un socialismo triturado bajo la presión social que exige apertura democrática, como el argelino, parecía un absurdo hace apenas dos años. Las complicaciones eran también militares. Marruecos luchaba contra el Frente Polisario, financiado primero por Libia y después por Argelia. Libia estaba en guerra contra el Chad, que recibía apoyo marroquí, y era bombardeada por Estados Unidos, cuyo mejor aliado en la región es Hassan II. Gadafi, en un rapto de enojo, había expulsado a 30.000 tunecinos de Libia.

Esta semana, sin embargo, el marroquí Hassan, el libio Gadafi y el argelino Bendjedid firmaron junto a los jefes de Estado de Túnez y Mauritania los primeros acuerdos basales de la Magrebina, una comunidad de sesenta y dos millones de personas. En una entrevista con el director del diario español *El País*, el rey Hassan sostenía que nada de lo que está sucediendo en el norte de Africa puede asombrar a Europa, ya que ''si el rey Felipe y la reina Isabel levantaran la cabeza y vieran que ahora forman parte de un mercado común, se volverían a morir del susto''.

Africa mía

Gadafi en Libia y Hassan en Marruecos son los exponentes más opuestos del norte de Africa. El primero reina a su modo desde 1969, cuando el consejo revolucionario que él dirigía derrocó a la monarquía de Idris Al Sanusi y se problamó ''musulmán, nasserista y socialista''. El segundo heredó en 1961 un trono que su familia —descendiente en línea directa de Mahoma— había recuperado apenas cinco años antes. Desde el primer día, Hassan se propuso corregir la línea ''demasiado progresista'' de su padre, el sultán Mohammed V, quien en algún momento tuvo en mente abandonar el sistema monárquico.

No obstante, y por una lógica extraña, los mayores obstáculos a vencer no residieron en la relación Libia-Marruecos sino en otros dos ejes, cuya resolución, el año pasado, fue un índice auspicioso: la reconciliación entre Libia y Túnez y la de Marruecos con Argelia.

Esta última tuvo un marco de lujo: la cumbre árabe de Argel convocada para respaldar a los palestinos. Ante la mirada de toda la familia, Hassan II se abrazó al argelino Chadli Bendjedid, a quien hasta entonces había responsabilizado por la guerra del Sahara. Ese conflicto comenzó hace catorce años, cuando Hassan organizó la famosa Marcha Verde hacia el desierto e introdujo a 30.000 lúmpenes marroquíes en un alarde de furia expansionista. Poco antes, ya agónico, Franco le había obsequiado esas tierras riquísimas en fosfatos. Los saharahuis respondieron creando el Frente Polisario —Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro— y proclamando un estado independiente —la RASD— que ya fue reconocido por más de 60 estados.

Marruecos, por su parte, aumentó su presencia militar construyendo un muro de arena minado y plagado de radares a lo largo de 2000 kilómetros. En los primeros años, el Polisario recibió ayuda de Libia, que se cortó cuando Hassan y Gadafi llegaron en 1984 a un extraño acuerdo. Argelia tomó la posta. La guerra le cuesta al Estado marroquí cerca de un millón de dólares por día.

Cuando Hassan II y Chadli Bendjedid se abrazaron en Argel todos adivinaron que el conflicto del Sahara entraba en una nueva etapa (ver recuadro). El presidente argelino, poco después, iba a tener que enfrentar la crisis interna más grave desde la independencia. Aún resuenan en Argelia los ecos de las revueltas estudiantiles de octubre pasado, a las que siguió un estallido social que dejó un saldo de 200 muertos. Bendjedid conjuró ese desastre con un referéndum en el que la población argelina votó a favor de reformas constitucionales, lo que pasado en limpio significa que la mística de la independencia está agotada, que la nueva generación ya no lucha en sueños contra el colonizador francés y que la sociedad reclama un cambio.

Bendjedid maniobró con éxito y ofreció una imagen convincente: la del reformista atado por la vieja guardia del partido. En el congreso del Frente de Liberación Nacional de diciembre, defendió todos los puntos renovadores y dejó entrever que la apertura pluripartidaria no está lejos. La población le extendió un voto de confianza. Días después era elegido presidente por cinco años más con el 81 por ciento de los votos. Cabe recordar, eso sí, que era el único candidato, y que el índice de abstenciones fue el más alto desde la retirada francesa.

El regreso al libro verde

Lo que el semanario *Jeune Afrique* bautizó ''la primavera de Trípoli'' en marzo pasado no incluyó sólo los tractorazos —Gadafi también había elegido un tractor para derribar un puesto de frontera y proclamar el fin del aislamiento de Libia. Si algo se le reconoce al líder beduino es su impudor para dar marcha atrás cuando lo cree conveniente. Pasada ya la *belle epoque* petrolera —en 1980 el ingreso anual era de 22.500 millones de dólares contra 4500 en 1987—, Gadafi necesitó una inyección de optimismo para revitalizar una sociedad agobiada por los comités revolucionarios y trabada económicamente. El acercamiento a sus vecinos, especialmente a un Túnez renovado después del derrocamiento del ''padre de la patria'' Habib Burguiba a cargo del actual presidente Ben Alí, parece ser un paso de Gadafi que espera respuestas, sobre todo, en el interior de Libia.

La monarquía de Hassan, la revolución de Gadafi y el socialismo de Bendjedid han decidido, ahora, unirse en la Magrebina. Libia y Argelia tienen el petróleo y el gas, Mauritania, minerales y recursos pesqueros. Marruecos y el Sahara, agricultura y fosfatos. Túnez aporta estructura industrial y un perfil confiable a las finanzas internacionales. La ''libre circulación de capitales, bienes y personas'' ya ha entrado en el terreno de la realidad. Con la vehemencia del recién convertido —en este caso, a esa nueva religión dada en llamar pragmatismo—, Hassan II aseguraba que en esta cumbre no iba a hacer falta hablar demasiado. ''Lo importante, ahora, es el bolígrafo''.

En efecto, tras apenas media hora de reunión, los cinco jefes de Estado firmaron el viernes los acuerdos preparados por las comisiones que trabajaban desde hace meses. El proyecto de la Magrebina contempla una unión escalonada en los planos económicos, cultural y de política exterior, para pasar luego a una instancia institucional: en setiembre, y nada menos que en Trípoli, se formará un parlamento magrebino con 20 diputados por cada país, un tribunal supremo común y un comité ejecutivo. Los límites fronterizos serán borrados, según consta en el documento firmado en Marraquesh, ''en forma paulatina''.

El Polisario y el Sahara Occidental

FANTASMAS EN EL DESIERTO

S.R.

Empujados hacia las zonas más hostiles del Sahara, los saharahuis del Frente Polisario hostigan desde hace catorce años al ejército marroquí. Unicos árabes de habla hispana, descendientes de los beduinos que en siglos pasados controlaban la ruta transahariana, los habitantes del desierto pasaron de ser ''administrados'' por España a la ocupación marroquí que en 1975 se instaló a sangre y fuego en las ciudades más importantes. Desde entonces, con pocos hombres y escaso poder de fuego, el Frente Polisario se dedica a lo único posible: ante la incapacidad de ganar una guerra contra un ejército poderoso, impide la distensión marroquí y obliga al régimen de Hassan II a desembolsar enormes sumas de dinero para mantener abierto un conflicto que lo desprestigia progresivamente. En agosto del año pasado, el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, presentó ante ambas partes un plan de paz que fue aceptado en principio. El proyecto prevé un referéndum de autodeterminación, para que los saharahuis voten si desean integrarse o no a Marruecos. No obstante, las diferencias son muchas. La modalidad del referéndum, quiénes podrán votar —el 75 por ciento de la antigua población saharahui huyó ante la ocupación, muchos de ellos a Argelia— y cuál será la precisa pregunta que figurará en las boletas, son algunos de los puntos álgidos. Por otra parte, el Polisario exige la desmilitarización de la región para que la consulta pueda ser llevada a cabo sin presiones. Marruecos, por supuesto, se niega a retirarse.

El papel de Argelia en este conflicto ha sido importante: primero dando ayuda a los saharahuis y luego impulsando el encuentro entre las dos partes. Hace unas semanas, Hassan II recibió por primera vez en Rabat a una delegación del Polisario, aunque este jueves sus voceros anunciaron que la segunda entrevista ha sido pospuesta por tiempo indeterminado.

Entre los países latinoamericanos que ya han reconocido a la RASD —República Arabe Saharahui Democrática—, figuran México, Costa Rica, Bolivia y Venezuela, entre otros quince. La Argentina, por su parte, estuvo en varias oportunidades a punto de reconocer a ese país africano, pero en cada una de esas aproximaciones Argentina prefirió subordinarse a la postura española, a la vez que se interpuso la presión marroquí, amparada en las voces internas que homologan la diplomacia a una sociedad anónima en la que no son recomendables los ''socios pobres''.

AFP

HASSAN II, EL REY QUE NO DUERME

El Frente Polisario, el conflicto de Medio Oriente, los presos políticos y la construcción de la gran mezquita en su honor son los temas centrales de esta entrevista con el monarca marroquí realizada por Joaquín Estefanía, director del diario ''El País'', de Madrid.

Por Joaquín Estefanía *

Hacer una entrevista a Hassan II puede ser tan difícil como ganar la lotería. No basta con solicitarla, que sea concedida y que se fije un plazo para que Hassan II haga las declaraciones. Primero hay que lograr salir de España por avión, en medio de una huelga de técnicos de mantenimiento, llegar a Marraquech y esperar. Los funcionarios del Ministerio del Interior y de la Información (en Marruecos se da este paradójico agrupamiento de funciones) llenan esas esperas programando visitas a los centros neurálgicos del país por muy alejados que éstos se encuentren del palacio presidencial.

Cuando se está a punto de perder la esperanza de conversar con el soberano suena el teléfono y una larga comitiva se pone en marcha hacia su estancia de invierno. Al filo de la media noche —lo que indica una peculiar organización de la vida del monarca— somos recibidos por Hassan II en un impresionante palacio moro, en el sentido más literario del término. En medio de una enorme estancia, con todo el barroquismo que se pueda imaginar, sobresale la pequeña figura del estadista en la que sus ojos dicen más que mil palabras. Asisten a la entrevista, además de su autor y el jefe de la sección de fotografía de *El País*, el ministro del Interior e Información, Driss Basri,y el corresponsal del periódico en Rabat, Javier Valenzuela. Las declaraciones no tienen límite horario y Hassan II contesta a todas las preguntas relajado, fumando permanentemente, lo que al parecer es costumbre en él. Su forma de conversar, sin apariencia de cansancio, llena todos los momentos.

Al final, Hassan II pregunta a sus interlocutores cómo van a volver a Madrid y al no obtener respuesta cierta —hemos perdido todas las reservas hechas— despierta a su tripulación, ordena que preparen el *mystere* real y que les conduzcan inmediatamente a Barajas. Dos periodistas aterrizan en el aeropuerto de Madrid casi amaneciendo y son depositados en medio de una fantasmagórica pista de vuelo; atraviesan a pie el terreno hasta llegar al edificio de llegadas internacionales. En la aduana no hay nadie. Nadie les sella los pasaportes ni registra los equipajes. Con sus bultos a cuestas salen del aeropuerto. Hassan II no duerme de noche; en Madrid, sí.

—Usted ha recibido a una delegación del Frente Polisario en este palacio de Marraquech. ¿Este gesto significó un reconocimiento oficial de esta organización como interlocutora en el conflicto de Sahara?

—Como ya he dicho en otras ocasiones, Marruecos considera que el Sahara es marroquí. Este hecho hace que el rey de Marruecos reúna a todos los marroquíes, incluso a aquellos que no se consideran marroquíes, pero que para nosotros son marroquíes.

—¿Los encuentros de Marraquech fueron una especie de sucedáneo de las negociaciones directas que el Polisario venía siguiendo?

—Nunca hemos querido negociar directamente. Los hemos recibido para escucharlos en tanto que marroquíes, pero jamás hemos querido hablar de negociaciones...

—¿Habrá referéndum negociado para el Sahara? ¿O bien una solución amistosa entre Marruecos y el Polisario puede hacer innecesaria la consulta?

—Hemos pedido oficialmente un referéndum. No habíamos sido nosotros quienes lo habíamos pedido en un principio; ha sido un determinado número de países africanos que ha considerado que debería haberlo. Así que dijimos: ''De acuerdo; si es preciso que haya un referéndum, lo habrá para saber si la población del Sahara aceptará ser marroquí por completo o ser independiente''.

—¿Puede anunciarnos cuándo será ese referéndum?

—No; eso depende del secretario general de Naciones Unidas. Pero, en fin, en lo que a nosotros concierne, estamos preparados y deseamos que el referéndum tenga lugar lo antes posible.

—¿Cuándo prevé Hassan II un acuerdo total previo con el Frente Polisario?

—Creo que ahí nos salimos del camino de la realidad, porque se piensa que las gentes del Polisario son tan sólo saharahuis, pero ahí tiene usted a todos los demás... Usted ha estado en El Aaiún... Bueno, también hay en otros puntos del Sahara... Esa gente también es saharahui... ¿Por qué referirse siempre sólo a los chicos rebeldes en lugar de a los buenos chicos?

—En declaraciones publicadas en Le Monde *usted afirmó que pensaba dejar a su heredero un Marruecos ''construido al ejemplo de los 'landers' alemanes''. ¿La solución para el Sahara sería una especie de territorio con su reino, en el que Marruecos tendría la soberanía y los naturales de la zona dispondrían de autonomía?*

—En lo que se refiere al ''lander'' o a otra forma de ''landers'' —el ejemplo alemán no es el único que existe—, sí, creo que está tomando forma.

—¿Su majestad está dispuesto a recibir a Mohamed Abdelaziz, secretario general del Frente Polisario, en este palacio?

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente, por dos razones: la primera, porque ha nacido en Marraquech. Nació bajo el protectorado francés y ha firmado su acta de estado civil. La segunda razón es que yo puedo recibir a marroquíes que se han equivocado y que forman parte de un frente de liberación —aunque el Polisario no sea reconocido por la OUA como frente de liberación—; pero de ahí a recibir a alguien que se denomina a sí mismo jefe de un Estado que no tiene ni fronteras ni territorio sería, en mi opinión, la cosa más absurda que uno pueda imaginar.

A España pronto

—Usted pareció sorprendido cuando España votó en la ONU en favor de las negociaciones directas entre Marruecos y el Polisario. Al parecer, ésa fue la principal razón por la que aplazó su viaje oficial a España. ¿Qué razones tenía para esperar en ese preciso momento un cambio en la posición tradicional española?

—Bien; yo soy tradicionalista. Pero hay que marcar la diferencia entre la tradición y la posición. La de España es tradición histórica, social, cultural, pero yo no creo que entre en esa tradición histórica que Marruecos negocie directamente con el Polisario. Digamos que se trata de un voto rutinario. Yo diría que el ministro de Asuntos Exteriores español ha demostrado tener muy poca imaginación, sobre todo teniendo en cuenta que era la víspera de mi viaje a España. España tiene el mismo problema que Marruecos; españoles que matan a españoles; por ejemplo, el caso de ETA. Si mañana Marruecos votara a favor de negociaciones directas entre el gobierno del rey de España y ETA, ¿vendría el rey de España a Marruecos? Es así de sencillo.

—España preside desde principios de enero la Comunidad Europea. ¿Qué espera Marruecos de estos meses de presidencia española de la Comunidad?

—Espero que España tenga un punto de vista un poco amplio, global, en el sentido de que España está a 15 kilómetros de Marruecos y a muchos kilómetros de la Europa del norte. Se trata precisamente de subir a la torre y dominar el panorama completo. Pienso que España es un país privilegiado para decir a sus socios que no hay tan sólo un país, sino todo un continente, a 15 kilómetros de sus fronteras.

Argelia y el Sahara

—Majestad, querría hablar ahora de las relaciones entre Marruecos y Argelia. Durante largo tiempo Marruecos ha acusado a Argelia de ser el principal responsable del conflicto del Sahara. ¿En qué ha variado la posición argelina para que no se escuchen ya esas acusaciones?

—Efectivamente, el problema del Sahara se ha inflado, lo han inflado los responsables argelinos. Mi buen amigo Bumedian, que Dios tenga en su gloria, fue uno de los principales responsables —y preciso bien, uno de los principales responsables—. No ha sido el único; hay otros países no africanos que también han tenido su parte de culpa. Digamos que Argelia ha tenido la mayor parte, pero cuando el presidente Bendjedid tomó el poder tuvo que manejar esa situación. No es que la haya empeorado; sólo se ha encontrado ante una herencia. Como usted sabe, las herencias significan una pesada carga. Es algo que ocurre en todas partes, aquí,en Francia o en Alemania. En todas partes. Es preciso decir que hay una clara voluntad por parte del presidente argelino y ante el pueblo argelino con vistas a solucionar este problema de una vez por todas.

—Usted ha recibido recientemente al ministro argelino de Asuntos Exteriores; además, mantiene, según acaba de recordar, una relación cordial con el presidente Bendjedid, al que tendió una mano amistosa con motivo de la revuelta que en octubre sacudió Argelia. ¿Cuál ha sido el papel del presidente Chadli en el inicio del diálogo entre Marruecos y el Polisario?

—Debo aclarar que el presidente Chadli y yo nos hemos encontrado a menudo. Con frecuencia me ha sugerido que podríamos escuchar al Polisario. Hemos hablado de esto muchas veces, pero, como usted sabe, tanto en política como en agricultura es preciso esperar que el fruto madure. Hay estaciones tanto para la política como para la agricultura. He pensado que a pocos meses del referéndum existen familias saharauis divididas en dos, en las que unos votarán sí y otros vo-



extendió un voto de confianza. Días después era elegido presidente por cinco años más con el 81 por ciento de los votos. Cabe recordar, eso sí, que era el único candidato, y que el índice de abstenciones fue el más alto desde la retirada francesa.

El regreso al libro verde

Lo que el semanario *Jeune Afrique* bautizó "la primavera de Trípoli" en marzo pasado no incluyó sólo los tractorazos —Gadafi también había elegido un tractor para derribar un puesto de frontera y proclamar el fin del aislamiento de Libia. Si algo se le reconoce al líder beduino es su impudor para dar marcha atrás cuando lo cree conveniente. Pasada ya la *belle epoque* petrolera —en 1980 el ingreso anual era de 22.500 millones de dólares contra 4500 en 1987—, Gadafi necesitó una inyección de optimismo para revitalizar una sociedad agobiada por los comités revolucionarios y trabada económicamente. El acercamiento a sus vecinos, especialmente a un Túnez renovado después del derrocamiento del "padre de la patria" Habib Burguiba a cargo del actual presidente Ben Ali, parece ser un paso de Gadafi que espera respuestas, sobre todo, en el interior de Libia.

La monarquía de Hassan, la revolución de Gadafi y el socialismo de Bendjedid han decidido, ahora, unirse en la Magrebina. Libia y Argelia tienen el petróleo y el gas, Mauritania, minerales y recursos pesqueros. Marruecos y el Sahara, agricultura y fosfatos. Túnez aporta estructura industrial y un perfil confiable a las finanzas internacionales. La "libre circulación de capitales, bienes y personas" ya ha entrado en el terreno de la realidad. Con la vehemencia del recién convertido —en este caso, a esa nueva religión dada en llamar pragmatismo—, Hassan II aseguraba que en esta cumbre no iba a hacer falta hablar demasiado. "Lo importante, ahora, es el bolígrafo".

En efecto, tras apenas media hora de reunión, los cinco jefes de Estado firmaron el viernes los acuerdos preparados por las comisiones que trabajaban desde hace meses. El proyecto de la Magrebina contempla una unión escalonada en los planos económicos, cultural y de política exterior, para pasar luego a una instancia institucional: en setiembre, y nada menos que en Trípoli, se formará un parlamento magrebino con 20 diputados por cada país, un tribunal supremo común y un comité ejecutivo. Los límites fronterizos serán borrados, según consta en el documento firmado en Marraquesh, "en forma paulatina".





HASSAN II, EL REY QUE NO DUERME

El Frente Polisario, el conflicto de Medio Oriente, los presos políticos y la construcción de la gran mezquita en su honor son los temas centrales de esta entrevista con el monarca marroquí realizada por Joaquín Estefanía, director del diario "El País", de Madrid.

Por Joaquín Estefanía *

Hacer una entrevista a Hassan II puede ser tan difícil como ganar la lotería. No basta con solicitarla, que sea concedida y que se fije un plazo para que Hassan II haga las declaraciones. Primero hay que lograr salir de España por avión, en medio de una huelga de técnicos de mantenimiento, llegar a Marraquech y esperar. Los funcionarios del Ministerio del Interior y de la Información (en Marruecos se da este paradójico agrupamiento de funciones) llenan esas esperas programando visitas a los centros neurálgicos del país por muy alejados que éstos se encuentren del palacio presidencial.

Cuando se está a punto de perder la esperanza de conversar con el soberano suena el teléfono y una larga comitiva se pone en marcha hacia su estancia de invierno. Al filo de la media noche —lo que indica una peculiar organización de la vida del monarca— somos recibidos por Hassan II en un impresionante palacio moro, en el sentido más literario del término. En medio de una enorme estancia, con todo el barroquismo que se pueda imaginar, sobresale la pequeña figura del estadista en la que sus ojos dicen más que mil palabras. Asisten a la entrevista, además de su autor y el jefe de la sección de fotografía de *El País*, el ministro del Interior e Información, Driss Basri, y el corresponsal del periódico en Rabat, Javier Valenzuela. Las declaraciones no tienen límite horario y Hassan II contesta a todas las preguntas relajado, fumando permanentemente, lo que al parecer es costumbre en él. Su forma de conversar, sin apariencia de cansancio, llena todos los momentos.

Al final, Hassan II pregunta a sus interlocutores cómo van a volver a Madrid y al no obtener respuesta cierta —hemos perdido todas las reservas hechas— despierta a su tripulación, ordena que preparen el *mystere* real y que les conduzcan inmediatamente a Barajas. Dos periodistas aterrizan en el aeropuerto de Madrid casi amaneciendo y son depositados en medio de una fantasmagórica pista de vuelo; atraviesan a pie el terreno hasta llegar al edificio de llegadas internacionales. En la aduana no hay nadie. Nadie les sella los pasaportes ni registra los equipajes. Con sus bultos a cuestas salen del aeropuerto. Hassan II no duerme de noche; en Madrid, sí.

—Usted ha recibido a una delegación del Frente Polisario en este palacio de Marraquech. ¿Este gesto significó un reconocimiento oficial de esta organización como interlocutora en el conflicto de Sahara?

—Como ya he dicho en otras ocasiones, Marruecos considera que el Sahara es marroquí. Este hecho hace que el rey de Marruecos reúna a todos los marroquíes, incluso a aquellos que no se consideran marroquíes, pero que para nosotros son marroquíes.

—¿Los encuentros de Marraquech fueron una especie de sucedáneo de las negociaciones directas que el Polisario venía siguiendo?

—Nunca hemos querido negociar directamente. Los hemos recibido para escucharlos en tanto que marroquíes, pero jamás hemos querido hablar de negociaciones...

—¿Habrá referéndum negociado para el Sahara? ¿O bien una solución amistosa entre Marruecos y el Polisario puede hacer innecesaria la consulta?

—Hemos pedido oficialmente un referéndum. No habíamos sido nosotros quienes lo habíamos pedido en un principio; ha sido un determinado número de países africanos que ha considerado que debería haberlo. Así que dijimos: "De acuerdo; si es preciso que haya un referéndum, lo habrá para saber si la población del Sahara aceptará ser marroquí por completo o ser independiente".

—¿Puede anunciarnos cuándo será ese referéndum?

—No; eso depende del secretario general de Naciones Unidas. Pero, en fin, en lo que a nosotros concierne, estamos preparados y deseamos que el referéndum tenga lugar lo antes posible.

—¿Cuándo prevé Hassan II un acuerdo total previo con el Frente Polisario?

—Creo que ahí nos salimos del camino de la realidad, porque se piensa que las gentes del Polisario son tan sólo saharahuis, pero ahí tiene usted a todos los demás... Usted ha estado en El Aaiún... Bueno, también hay en otros puntos del Sahara... Esa gente también es saharahui... ¿Por qué referirse siempre sólo a los chicos rebeldes en lugar de a los buenos chicos?

—En declaraciones publicadas en Le Monde *usted afirmó que pensaba dejar a su heredero un Marruecos "construido al ejemplo de los 'landers' alemanes". ¿La solución para el Sahara sería una especie de territorio con su reino, en el que Marruecos tendría la soberanía y los naturales de la zona dispondrían de autonomía?*

—En lo que se refiere al "lander" o a otra forma de "landers" —el ejemplo alemán no es el único que existe—, sí, creo que está tomando forma.

—¿Su majestad está dispuesto a recibir a Mohamed Abdelaziz, secretario general del Frente Polisario, en este palacio?

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente, por dos razones: la primera, porque ha nacido en Marraquech. Nació bajo el protectorado francés y ha firmado su acta de estado civil. La segunda razón es que yo puedo recibir a marroquíes que se han equivocado y que forman parte de un frente de liberación —aunque el Polisario no sea reconocido por la OUA como frente de liberación—; pero de ahí a recibir a alguien que se denomina a sí mismo jefe de un Estado que no tiene ni fronteras ni territorio sería, en mi opinión, la cosa más absurda que uno pueda imaginar.

A España pronto

—Usted pareció sorprendido cuando España votó en la ONU en favor de las negociaciones directas entre Marruecos y el Polisario. Al parecer, ésa fue la principal razón por la que aplazó su viaje oficial a España. ¿Qué razones tenía para esperar en ese preciso momento un cambio en la posición tradicional española?

—Bien; yo soy tradicionalista. Pero hay que marcar la diferencia entre la tradición y la posición. La de España es tradición histórica, social, cultural, pero yo no creo que entre en esa tradición histórica que Marruecos negocie directamente con el Polisario. Digamos que se trata de un voto rutinario. Yo diría que el ministro de Asuntos Exteriores español ha demostrado tener muy poca imaginación, sobre todo teniendo en cuenta que era la víspera de mi viaje a España. España tiene el mismo problema que Marruecos; españoles que matan a españoles; por ejemplo, el caso de ETA. Si mañana Marruecos votara a favor de negociaciones directas entre el gobierno del rey de España y ETA, ¿vendría el rey de España a Marruecos? Es así de sencillo.

—España preside desde principios de enero la Comunidad Europea. ¿Qué espera Marruecos de estos meses de presidencia española de la Comunidad?

—Espero que España tenga un punto de vista un poco amplio, global, en el sentido de que España está a 15 kilómetros de Marruecos y a muchos kilómetros de la Europa del norte. Se trata precisamente de subir a la torre y dominar el panorama completo. Pienso que España es un país privilegiado para decir a sus socios que no hay tan sólo un país, sino todo un continente, a 15 kilómetros de sus fronteras.

Argelia y el Sahara

—Majestad, querría hablar ahora de las relaciones entre Marruecos y Argelia. Durante largo tiempo Marruecos ha acusado a Argelia de ser el principal responsable del conflicto del Sahara. ¿En qué ha variado la posición argelina para que no se escuchen ya esas acusaciones?

—Efectivamente, el problema del Sahara se ha inflado, lo han inflado los responsables argelinos. Mi buen amigo Bumedian, que Dios tenga en su gloria, fue uno de los principales responsables —y preciso bien, uno de los principales responsables—. No ha sido el único; hay otros países no africanos que también han tenido su parte de culpa. Digamos que Argelia ha tenido la mayor parte, pero cuando el presidente Bendjedid tomó el poder tuvo que manejar esa situación. No es que la haya empeorado; sólo se ha encontrado ante una herencia. Como usted sabe, las herencias significan una pesada carga. Es algo que ocurre en todas partes, aquí, en Francia o en Alemania. En todas partes. Es preciso decir que hay una clara voluntad por parte del presidente argelino y ante el pueblo argelino con vistas a solucionar este problema de una vez por todas.

—Usted ha recibido recientemente al ministro argelino de Asuntos Exteriores; además, mantiene, según acaba de recordar, una relación cordial con el presidente Bendjedid, al que tendió una mano amistosa con motivo de la revuelta que en octubre sacudió Argelia. ¿Cuál ha sido el papel del presidente Chadli en el inicio del diálogo entre Marruecos y el Polisario?

—Debo aclarar que el presidente Chadli y yo nos hemos encontrado a menudo. Con frecuencia me ha sugerido que podríamos escuchar al Polisario. Hemos hablado de esto muchas veces, pero, como usted sabe, tanto en política como en agricultura es preciso esperar que el fruto madure. Hay estaciones tanto para la política como para la agricultura. He pensado que a pocos meses del referéndum existen familias saharauis divididas en dos, en las que unos votarán sí y otros vo-





tarán no. Mi objetivo no consiste en reunir los territorios, sino los corazones. Me he preguntado a mí mismo: ¿por qué no tratar de llevarlos por el buen camino? Efectivamente, he hablado muchas veces de eso con el presidente Bendjedid. Era preciso que madurara.

—Parte de la opinión pública internacional se sorprendió el pasado mes de octubre ante la profundidad del descontento de la juventud argelina. Como analista político, no como jefe de Estado, si es posible hacer esta distinción, ¿puede Hassan II hacer un diagnóstico sobre los males que aquejan a sus vecinos?

—Siempre es posible marcar las diferencias entre lo uno y lo otro. Lo he dicho siempre. En primer lugar, ha existido la opción argelina, al día siguiente de la independencia, sin ningún tipo de consulta, por el partido único. Eso es algo muy grave. El pueblo argelino, durante 130 años de ocupación francesa, ha aprendido las reglas del juego político francés, con muchos partidos políticos, muchos sindicatos, y de pronto, de repente y de un solo golpe, tenemos un pueblo que ha sufrido la colonización, ha padecido siete años de guerra, y en vez de decirle: bueno, ahora vas a ser tú mismo, ahora vas a ser libre, desde 1963 se le coloca un partido único... Eso se lo he dicho a Chadli y se lo digo a mis amigos argelinos. El pueblo argelino es un pueblo de un genio múltiple. No es un pueblo al que se le pueda hacer marchar al ritmo del uno, dos, uno, dos, de Norte a Sur y de Este a Oeste. En segundo lugar, creo que la opción tomada en 1963, porque todo arranca de 1963, cuando deciden abandonar la agricultura, abandonar la mediana y pequeña empresa, crear una industria pesada a ultranza, todo esto 10 minutos después de la firma de la independencia. Estos han sido los responsables de lo que está ocurriendo en la actualidad. No preciso tener una doble personalidad para decirlo, hablo de ello con toda franqueza con mis amigos argelinos; además, porque son vecinos, y si mañana, Dios no lo quiera, Marruecos tiene un problema, yo sería el primero en preguntarles a mis amigos argelinos qué piensan de mi problema. Porque queremos ser precisamente ciudadanos de un Gran Magreb y, como dice el filósofo, "el ojo no se ve".

Israel no ha negociado

—Cambiando de tema, ¿cuál es la opinión del rey de Marruecos sobre la reciente destrucción de dos aviones libios por las fuerzas armadas norteamericanas?

—Hay que aclarar que se trata de un problema complejo y simple al mismo tiempo. Es cierto que los navíos estadounidenses no se encontraban en aguas territoriales ni en los espacios aéreos libios. Los libios afirman que fueron a ver con sus aviones qué estaba pasando allí; los norteamericanos dicen que los aviones libios han querido atacarles. ¿A quién creer? Es una historia. De todos modos, es cierto que fueron dos aviones libios los que fueron derribados. Respecto a este problema, pues, no podíamos dejar de solidarizarnos con Libia y le hemos manifestado al coronel Gadafi nuestro pesar.

—Usted recibió en el verano de 1986 a Shimon Peres. La actual política de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), la aceptación del derecho a la existencia de Israel, convierten al rey de Marruecos en uno de los precursores dentro del mundo árabe, con una visión realista del conflicto del Cercano Oriente. ¿Cuáles son, en su opinión, los pasos a dar inmediatamente para la definitiva solución de ese conflicto?

—La pregunta es realmente complicada. Es complicada porque se trata de un conflicto que dura desde ya más de 40 años. Hay, sin duda, una crisis de confianza. Claro que, también sin duda, la OLP ha hecho todo lo que ha podido al respecto. La resolución 242, la 338, el terrorismo... Es lo que se le pedía a la OLP. La OLP lo ha aceptado, se ha comprometido a aceptarlo. Ahora hace falta que la otra parte lo acepte. Actualmente estamos atravesando una fase difícil, y se trata de una fase psicológica. Los israelíes no quieren discutir porque precisamente Israel no tiene costumbre de negociar: cada vez que ha tenido un problema lo ha resuelto con una guerra. Ha hecho tres guerras y ha ganado tres guerras; así, pues, cuando uno no habla se olvida de hablar. Israel no ha hablado nunca, no ha negociado, y ahora debe aprender a negociar. Pero siguiendo con esto, en mi opinión, es un crimen, un crimen de cara al futuro, porque a Israel le interesa discutir ahora, incluso respecto a su problema interior. Los árabes con nacionalidad israelí son cada vez más numerosos y cada vez más judíos abandonan Israel. Los judíos que consiguen salir de la URSS no se van a Israel: se van a Canadá o a EE.UU o a otros países, así que en poco tiempo los judíos se van a encontrar en franca minoría en relación a la mayoría árabe, sin hablar de la opinión pública internacional, que empieza a cambiar ya radicalmente. Creo que ya es hora de que Israel empiece a negociar.

—Querría terminar la entrevista con dos preguntas sobre Marruecos. En la última década, Marruecos se puede preciar de ser el país más liberal del Magreb. Hassan II acaba de declarar al director de Le Nouvel Observateur *que piensa hacer un gesto político. ¿Piensa el rey de Marruecos liberar a los presos políticos que según Amnistía Internacional permanecen en las cárceles del país?*

—¿Y la segunda pregunta?

—La segunda pregunta... La gran mezquita de Casablanca es el monumento que Hassan II piensa dejar a la historia en recuerdo de su reinado. Sin embargo, en Le Monde *se califica esta mezquita de racket d'Etat. ¿Qué piensa usted cuando lee este tipo de comentarios?*

—Empezaré por la segunda pregunta. No haré comentarios respecto a personas mal educadas. En lo que concierne a la mezquita, los españoles están muy orgullosos de la mezquita de Córdoba y la Giralda. Creo que su reacción sería la misma respecto a esta gente de *Le Monde*. Respecto a la primera, conozco a Jean Daniel desde hace mucho tiempo, desde hace 25 años. Con el paso del tiempo hemos aprendido a comprendernos, a acortar distancias entre nuestras posiciones opuestas, hemos progresado ambos en nuestras posturas de tolerancia. Con esto quiero decir que es un amigo que estimo mucho. Tiene el coraje de defender sus ideas y sus opiniones, pero es un hombre de gran fidelidad y muy correcto. Yo comprendí que este problema le dolía mucho. Le he dicho que lo voy a examinar y no me ha preguntado cuándo, pero no le haré esperar demasiado.

AFP